



Retrato de una piedra, 2017

MELQUÍADES ÁLVAREZ

un mar para Santillana

del 24 de marzo al 13 de mayo de 2018

Palacio de Caja Cantabria Santillana del Mar

Fundación
Caja Cantabria



En este precioso entorno arquitectónico, el palacio Peredo-Barreda de Santillana del Mar, tengo el placer de presentar una recopilación de algunas de mis obras sobre el mar y sus inmediateces. También otras que tienen por motivo las casas en ruinas o el bosque. Todos son temas que frecuento y que, como una conjunción reveladora, me inspiró la primera visita a este lugar. Por otra parte no es difícil imaginar a Santillana y su mar distante como un estímulo para la imaginación, ni tampoco sustraerse a la belleza del jardín-bosque del palacio y a la presencia allí de una sugerente ruina.

En mi acercamiento a definir el proyecto y presentarlo en la Fundación Caja Cantabria, tuve muy presente una observación que me quedó grabada: "nos gusta que los artistas se expresen y que definan sus ideas". Este afable recibimiento sin solemnidad se lo debo a Juan Muñiz, director de la Fundación, y tiene un especial valor para mí porque creo que un artista, además de hacer su obra, es capaz de ver sus ramificaciones, puede pensar en un proyecto y redactarlo, puede elegir unas obras y darles un giro y una puesta en escena significativos. Saber lo que quiere.

La exposición reúne obras de algo más de dos décadas, entre pinturas sobre lienzo, sobre madera trabajada y sobre papel.



Esculturas, relieves y dibujos. Es, pues, una pequeña retrospectiva parcial, fruto de la confrontación de obras que estaban calladas o en espera y de otras que crearon su voz recientemente.

En conjunto, reflejan bien mis inclinaciones, influencias o constantes que, lejos de pertenecer a épocas pasadas, tienen para mí un contrastado valor contemporáneo. Además, evidencian una evolución que, con sus cambios y vaivenes, no oculta la inquietud o la insatisfacción sin drama con la que algunos vivimos este pequeño gran trabajo en el que uno está siempre comenzando y ansiando esa obra inalcanzable.

Hace unos meses, mientras abordaba la ingrata tarea de ordenar mi estudio, me topé de nuevo con una pequeña libreta que hace tiempo encontré en una de mis caminatas por la costa, entre las piedras caídas de un molino. Ahora ya estaba seca su cubierta musgosa y, acrecentado mi interés, procedí a abrir con cuidado sus pocas páginas medio pegadas y leer las notas allí recogidas, algo borrosas por la humedad, sin nombre ni fecha pero que sentí muy cercanas e inspiradoras. Las transcribo a continuación.

Desde esta casa en ruinas se oye el mar que antes se divisaba. Sin fecha ni tiempo por sus aguas me fui y un día regresé.

Para saber de mi ausencia debería de medir en años el crecimiento de los árboles, esos nuevos habitantes que por allí se asoman entre multitud de enredaderas y helechos que trazan su espacio entre las húmedas paredes de la casa, escenario salvaje que se levanta entre el mar y mi memoria.

Aún me queda el sonido del mar, su grave y constante murmullo, la agitación espacial de su fiereza, la rítmica rotura de las olas.

Pero me falta aquella visión desde las ventanas: a lo lejos, el cortante o difuso horizonte del mar en dialogo con la luz del cielo y conmigo, pues de él siempre guardaba una visión y cada día él mismo me la cambiaba por otra aún mas bella o extraña.

Guardo el olor del mar en mi cráneo como si fuera una de esas cavernas de la costa, impregnada de salitre y humedad donde resuenan las mareas, aturdido por el envolvente arrullo del agua incansable.

Pero ahora, vuelvo a ver el mar como un gigantesco ser que descansa. Noble y solitario respira y su latido impulsa una ondulación abultada que se expande en las aguas de áspera dulzura, sudorosa emanación de su fiebre salina.

La soledad del mar, espejo del solitario que lo contempla.

Sin renunciar a la proximidad del agua, a veces me alejo del mar por insinuadas sendas entre las altas hierbas del humedal. Me adentro en el templo de los alisos y oigo al río cantar para sí, y un poco más allá, hablar en su lengua indescifrable, un secreto que tal vez guarda el canto del pájaro que se eleva al vértice que corona la tarde.

Mas, cuando el agua renuncia a hablar, cuando se acepta agua muda-ensimismada, poseída de una conciencia imaginativa del mundo, se vuelve espejo que perfecciona la realidad, reflejándola a través de un velo de sabia oscuridad que pule sus disonancias y no pronuncia sus brillos.

Y así tendida, habitante del recodo umbrío, oculta tras un rostro de resplandeciente cielo, medita sobre agitados torbellinos de otros tiempos mientras se entrega al mar lentamente a través de un purificador filtro de arena buscando un alma de sal que la llamaba.

En Septiembre las tardes se acortan. Los campos están aún repletos de flores que resisten el verano que decae y me llevan, en seductor baile, a la casa que ya es sueño habitable por mi espíritu, seducido por las sombras de su memoria para allí alimentarme de todos los frutos de la tierra que ahora se abren, de las bayas de colores suspendidas, embriagarme con las algas rezumantes esparcidas por la arena mientras las sombras giran y se alargan tras las rocas, creando entonces la luz un teatro de mágicas distancias para solaz del mar que alcanza mis pies con aparente enfado que se torna juego o abierta indiferencia.

Pronto llegarán los pájaros numerosos trayendo entre sus alas mayor oscuridad para el bosque y, al alejarse, el último aire cálido dejará una canción de inquietud en mis manos.

Aún brillan las nubes como castillos sobre el mar, y me elevo en la ladera en un ansia de abarcar, de comprender la lejanía en la luz crepuscular, la desconocida esencia de las distancias.

Soy un viajero detenido al borde mismo del abismo; un oteador incansable soy no abatido por los vientos e, igual que un árbol, acuso la ancestral fuerza de gravedad de mis raíces y al tiempo quiero crecer, elevarme y ver más allá, entender desde la férrea verticalidad la consistencia del aire y la nostálgica tensión emocional entre mi ser y lo desconocido.

Nubes, agua, luces, sombras y en silencio todo. ¿A dónde van las nubes proyectando sobre el mar sus sombras transeúntes?

Desde casas y oquedades que las guardan como alma propia, en el íntimo cultivo de silencios, salen las sombras con memoria y viajan para disiparse en la transparencia o bien retornan sabias de la mano de la noche para contar a los espíritus quietos cuantas cosas pueblan la etérea lejanía, en su ser, tan bella e inalcanzable.



MELQUÍADES ÁLVAREZ
un mar para Santillana

OBRAS 1995 - 2017

un mar para Santillana



Ciudad al mar, 2008

Óleo sobre lienzo
122 x 134 cm

un mar para Santillana



Teatro del mar, 2008 *(Colección Privada)*

Acuarela y carbón sobre papel
94 x 107 cm

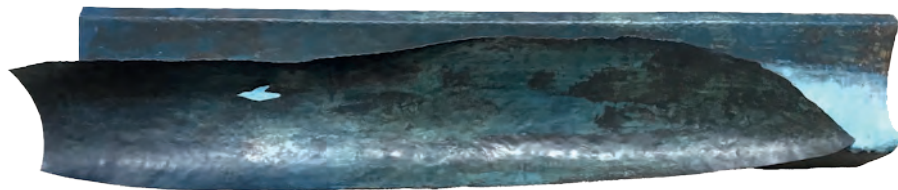
un mar para Santillana



Hablando del horizonte II, 2005

Ceras sobre papel rayado
33 x 5 x 34,5 cm

un mar para Santillana



Continuo, 1995

Hierro labrado y policromado
40 x 185 x 16 cm

un mar para Santillana



Cumbres, 2008

Óleo sobre lienzo
122 cm Ø

un mar para Santillana



Asomarse al horizonte, 2009

Acuarela sobre papel
90,5 x 50 cm

un mar para Santillana



Mar interior, 2010

Óleo sobre táblex estucado
55 x 87 cm

un mar para Santillana



Diciembre, mar y ausencias, 2011_12 *(Colección Privada)*

Óleo sobre táblex tallado y recortado
34 x 84,5 x 4 cm

un mar para Santillana



Cantus solus (resonancia), 2014 *(Colección Privada)*

Acrílico y óleo sobre madera trabajada
50,5 x 105,5 x 3,8 cm

un mar para Santillana



Pensar el agua, 2000

Óleo sobre DM estucado
38,5 x 50 cm

un mar para Santillana



Retrato de una piedra, 2017

Óleo sobre madera trabajada
47 x 63 cm

un mar para Santillana



Fulgor y calma, 2016

Acrílico sobre madera trabajada
35 x 58,5 x 3,5 cm

un mar para Santillana



Casa de las flores II, 2009

Óleo sobre lienzo
146 x 162 cm

un mar para Santillana



Mar crecido, 2017

Óleo sobre madera trabajada
52 x 73 x 3 cm

un mar para Santillana



Contrapunto I, 2016

Acrílico sobre madera trabajada
28 x 98 x 3 cm

un mar para Santillana



El mar que nos rodea, 2016

Carbón sobre papel manipulado
43 x 45 x 1 cm

un mar para Santillana



Playa de invierno I, 2016

Carbón sobre papel manipulado
43 x 45 x 1 cm

un mar para Santillana



Rompiente, 1999

Carbón sobre papel
63 x 73 cm

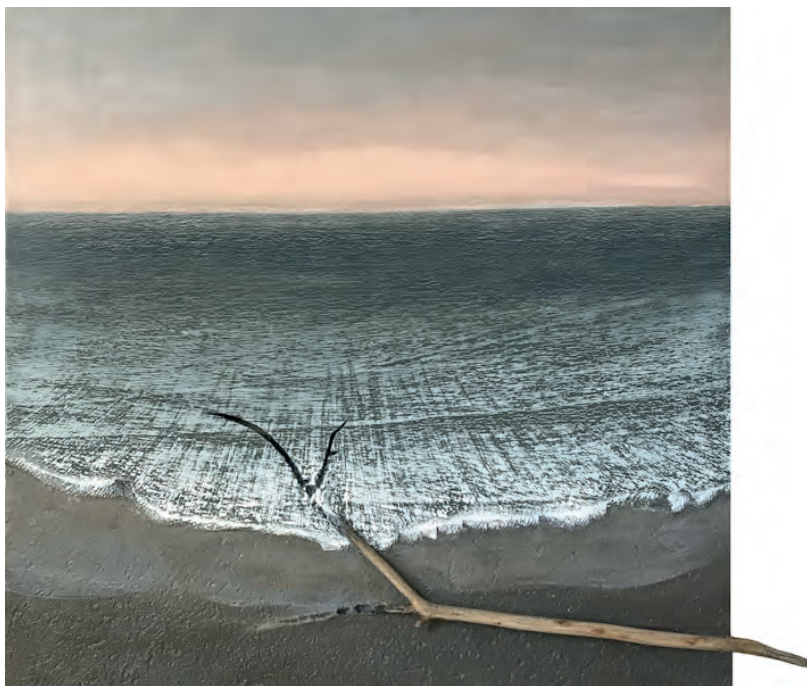
un mar para Santillana



Figuras sobre el cielo, 2005_06

Carbón sobre papel
40 x 46 cm

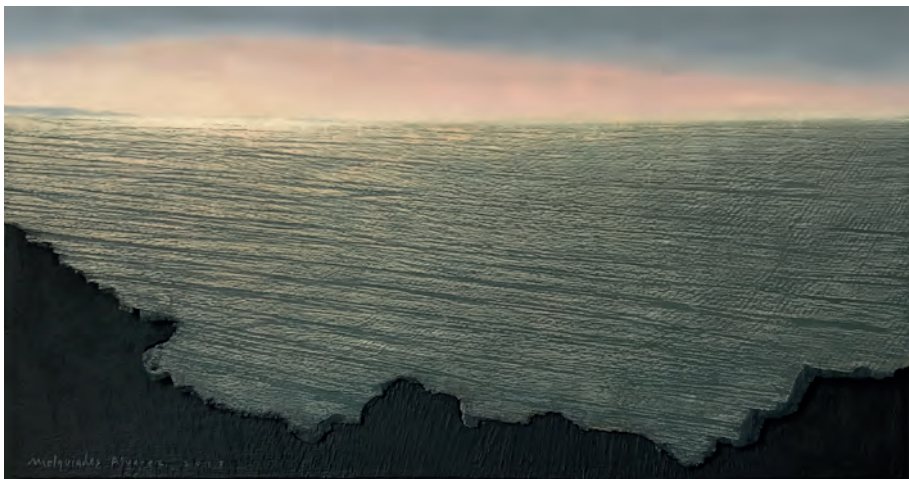
un mar para Santillana



Viajero exhausto, 2017

Óleo sobre madera trabajada
57 x 67 x 4,5 cm

un mar para Santillana



Abrazo del mar, 2017

Óleo sobre madera trabajada
36 x 58 x 3,5 cm

un mar para Santillana



La cabeza en las nubes, 2017

Acrílico sobre madera trabajada
33 x 56 x 3,5 cm

un mar para Santillana



La soledad del mar, 2015

Acrílico sobre madera trabajada
49,5, x 39,5 x 4 cm

un mar para Santillana



Acuáticos, 1996

Madera tallada y pintada + cobre labrado
15,5 x 45 x 69 cm

un mar para Santillana



Cauce bajo el puente, 2016

Madera trabajada y pintada
46 x 76 x 14 cm

un mar para Santillana



Cauce bajo el puente (reverso), 2016

Madera trabajada y pintada
46 x 76 x 14 cm

un mar para Santillana



Recreo de las flores, 2013

Carbón sobre papel recortado y collage
44,7 x 34,7 x 1 cm

un mar para Santillana



Tú me abrazas, 2008

Óleo sobre táblex estucado
61 x 43 cm

un mar para Santillana



Marina grande I, 2001_02

Óleo sobre lienzo
150 x 130 cm

un mar para Santillana



Pensador del infinito, 2017

Acrílico y carbón sobre papel manipulado
43 x 77 x 1 cm

un mar para Santillana



Lugar habitado, 2008_09

Óleo sobre lienzo
170 x 200 cm

un mar para Santillana



La transparencia, 2012

Madera trabajada y pintada
80 x 66 x 26 cm

un mar para Santillana



El renacer, 2013

Madera trabajada y pintada
88 x 76 x 18 cm

un mar para Santillana



MELQUÍADES ÁLVAREZ
un mar para Santillana

OBRAS 1995 - 2017

Fundación
Caja Cantabria

